

La Viuda

LA VIUDA

AMOR, DINERO Y DOLOR

Ana María Ana

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: agosto 2026

Depósito legal: SE 3257-2026

ISBN: 979-13-7060-643-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ana María Ana

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Índice:

INTRODUCCIÓN 11

CAPÍTULO 1:
CUANDO EL DESTINO SE DETUVO 13

CAPÍTULO 2:
LA NOCHE EN QUE TODO CAMBIÓ..... 21

CAPÍTULO 3:
EL ÚLTIMO REGRESO A CASA 37

CAPÍTULO 4:
BAJO EL TOLDO DEL ADIÓS..... 47

CAPÍTULO 5:
EL DÍA EN QUE EL MUNDO SE DETUVO 57

CAPÍTULO 6:
CUANDO TODO EL MUNDO SE FUE..... 65

CAPÍTULO 7:
EL PESO DE LA AUSENCIA..... 87

CAPÍTULO 8:
GRITOS Y MENTIRAS..... 97

CAPÍTULO 9:
EL PESO DE LAS DECISIONES 115

CAPÍTULO 10:
LA FAMILIA QUE SE VOLVIÓ ENEMIGA 121

CAPÍTULO 11:
CUANDO EL DUELO SE CONVIERTE EN GUERRA . 147

CAPÍTULO 12:
DE MAL EN PEOR 177

CAPÍTULO 13:
SEÑALES 185

CAPÍTULO 14:
SEGUIR ADELANTE CON LA CABEZA ALTA 195

EPÍLOGO 217



INTRODUCCIÓN

La viuda es un libro que cuenta una historia personal dura, muy dura. Para mí, que soy la autora, ha sido muy difícil contar lo que ha permanecido en silencio. Escribir este libro ha supuesto un proceso muy doloroso. He tenido que volver a dar voz a todo aquello que un día decidí ocultar y sufrir en silencio y en soledad. Con este libro no pretendo dar lecciones a nadie, sino simplemente abrir un espacio de conciencia, empatía y humanidad.

La viuda es una historia real marcada por la pérdida, el dolor, el silencio, la soledad y la lucha constante y persistente de una mujer que, ante la pérdida repentina de su marido y compañero, tiene que enfrentarse al rechazo y la oposición de toda una familia incapaz de aceptar cuál fue la última voluntad de su difunto marido.

Más que una obra literaria, es un relato de conflictos y de determinadas realidades que invita a reflexionar acerca de las consecuencias emocionales y humanas que suelen quedar enterradas bajo los hechos.

La viuda es, ante todo, un acto de memoria, valentía y verdad.

Disfruta de esta lectura.


BANGTAX

CAPÍTULO 1:
CUANDO EL DESTINO SE DETUVO

Mi historia comienza hace dos años, cuando me quedé viuda. Mi marido falleció y, con él, se apagó una parte de mí que no he logrado recuperar del todo. Desde entonces comenzó una guerra silenciosa entre familias, una batalla que nunca pedí, pero que me alcanzó igualmente, como si el destino se empeñara en recordarme que nada es tan estable como parece. A veces pienso que contar esta historia es abrir una herida que aún sangra, aunque el tiempo haya querido cicatrizarla.

El duelo no pude vivirlo en paz. Su familia no respetó ni siquiera el silencio que exige la muerte ni el dolor que me atravesaba el cuerpo. No tuvieron compasión ni delicadeza; irrumpieron en mi pena como si mi pérdida fuera asunto de todos menos mío. No comprendieron que en esos días yo apenas respiraba, que sobrevivía entre recuerdos y fotografías, intentando asimilar que él ya no volvería a cruzar la puerta. No les importó nada: ni mis lágrimas, ni mi cansancio, ni las noches sin sueño. Mientras yo trataba de sostenerme, ellos parecían más preocupados por discutir, por señalar, por buscar culpables. Y yo, en medio de todo eso, solo quería silencio, solo quería un poco de tiempo para despedirme.

La muerte de mi amado esposo fue —y seguirá siendo— una de las experiencias más intensas que se pueden vivir. No hay palabras que expliquen el vacío que deja alguien a quien se ha amado tanto. No hay consuelo que sirva cuando el corazón se queda sin su mitad. A veces creo que el verdadero dolor no llega el día del adiós, sino después, cuando el mundo sigue su curso y tú te quedas quieta, mirando un lugar vacío en la mesa, una camisa colgada, un perfume que aún conserva su olor. Entonces entiendes que la vida, sin él, no volverá a ser la misma.

La mía es una historia dura. No sé si por el dolor que arrastra o por lo mucho que el paso de los años ha desdibujado sus contornos. El tiempo, implacable y sereno, ha ido diseminando mis recuerdos; ha mezclado rostros, fechas y lugares hasta convertirlos en imágenes borrosas que se confunden con los sueños. El shock que sufrí tras su muerte fue tan grande que mi mente se apagó durante un tiempo. Luego vino la medicación, los intentos por calmar el insomnio, la tristeza y la ansiedad. Todo eso contribuyó a que muchas cosas se perdieran en la niebla del olvido. A veces, cuando me despierto en mitad de la noche, tengo la sensación de que su respiración sigue ahí, a mi lado, marcando ese ritmo sereno y constante que me daba seguridad. Pero cuando abro los ojos, solo encuentro el silencio. Un silencio tan pesado que parece tener cuerpo propio.

Lo nuestro fue destino, o eso quiero creer. Nunca he sido una mujer de casualidades; prefiero pensar que hay fuerzas invisibles que nos empujan hacia ciertos lugares, hacia ciertas personas. Quizá sea una manera de darle sentido a lo que

pasó, de creer que todo tenía un propósito, incluso lo que terminó rompiéndome.

Viví muchos años en Barcelona. Era una ciudad que me ofrecía movimiento, ruido, trabajo y distracción. Tenía mis negocios allí, tres en total. Tres proyectos que me habían costado sudor, desvelos y renuncias. Trabajaba desde que amanecía hasta bien entrada la noche y, aunque todo marchaba bien, yo me sentía vacía. Vivía para trabajar, no para vivir. Y lo peor de todo era que apenas tenía tiempo para mi hija, que era, y sigue siendo, lo más importante de mi vida.

Hubo un momento en que el cansancio se volvió más fuerte que el orgullo. Me miré al espejo y no me reconocí. Tenía ojeras profundas, el alma agotada y una sonrisa que ya no me pertenecía. Fue entonces cuando decidí cambiar. Quise montar un negocio más pequeño, más humano, que me permitiera respirar, que me diera tiempo para ser madre, para ser mujer. Quería volver a mirar el mar, oír el ruido del viento en las persianas y sentir que los días tenían sentido más allá de la facturación y los horarios.

Así que dejé Barcelona y me mudé a un pueblo de Alicante. Recuerdo perfectamente el día que llegué: el aire olía a sal y a buganvilla. Las calles eran tranquilas, llenas de gente que se saludaba al pasar. Allí todo parecía ir más despacio, como si el tiempo tuviera otra medida.

Fue un comienzo nuevo, una oportunidad. El negocio que monté estaba justo debajo de la casa del que, más tarde, se convertiría en mi marido. No lo sabía entonces, pero el destino ya había empezado a mover sus piezas.

El portero, un hombre sencillo y amable, trabajaba para mí los fines de semana y, entre semana, lo hacía para él. En aquel momento, ese detalle no me pareció relevante, pero con el tiempo entendí que fue el hilo invisible que unió nuestras vidas.

Una noche, el portero estaba hablando con él en la puerta. Yo pasé por allí, distraída, pensando en mis cosas. Apenas los miré. No tenía ganas de conocer a nadie, ni mucho menos de volver a enamorarme. Mi corazón estaba cansado de decepciones y yo solo quería paz.

Pero él, curioso, preguntó:

—¿Quién es la rubia?

—Mi jefa —respondió el portero, sin darle demasiada importancia.

Desde aquel día comenzó a aparecer en mi bar. Al principio pensé que era casualidad, pero pronto me di cuenta de que no lo era. Se sentaba siempre en la misma mesa, pedía un café, a veces una cerveza, y me observaba con esa sonrisa suya que parecía esconder un secreto. Yo no le hacía caso; no estaba para juegos ni para conquistas. Pero él insistía, con una paciencia que hoy, vista desde la distancia, me enternece. Intentaba sacarme una sonrisa, hacerme reír con alguna ocurrencia. Y poco a poco, lo consiguió. Había algo en él, una forma de mirar el mundo con ligereza, que me desarmaba. Su sentido del humor era contagioso. A su lado, incluso los problemas parecían más pequeños.

Pasaron semanas así, hasta que un día bajó la guardia. Me habló de su vida, de sus miedos y de su hijo. Y en ese mo-

mento supe que ya no era un juego. Algo se había movido dentro de mí. Comenzamos a vernos fuera del bar, a caminar por el paseo al atardecer, a hablar durante horas. Yo no quería enamorarme, pero el amor tiene sus propias reglas. Era un hombre divertido, con una energía que llenaba los espacios. Me hacía sentir viva. Con él aprendí a reír otra vez, a disfrutar de las cosas pequeñas: una cena improvisada, una película tonta, una tarde de lluvia. Me hacía sentir protegida y eso, para alguien como yo, que siempre había cargado con el peso de todo, era un regalo.

Con el tiempo, me pidió que dejara el negocio. No quería que trabajara más; decía que merecía descansar, que podía dedicarme a la casa, a los niños, a nosotros. Y así lo hice. Cerré aquella etapa sin mirar atrás. Me convertí en ama de casa, en madre y en compañera. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz. Él tenía un hijo de su primer matrimonio y yo tenía a mi hija de una relación anterior. Su hijo no vivía con nosotros, pero venía cada fin de semana y durante las vacaciones. Nos convertimos en una familia peculiar, pero feliz. Los tratábamos por igual, sin hacer diferencias. En casa no había «tus hijos» ni «mis hijos», solo «nuestros hijos». Y eso me hacía sentir orgullosa.

Nuestra vida juntos era tranquila. Cocinábamos, hacíamos planes y nos reíamos mucho. Apenas discutíamos, salvo por un tema: la bebida. Él bebía. No era violento ni agresivo, pero el alcohol lo cambiaba, lo alejaba. Yo siempre he sido contraria a eso; nunca he consumido alcohol ni drogas. Al principio me costó entenderlo, pero con el tiempo él empezó a reducir su consumo, a hacerlo solo de vez en cuando.

No lo dejó de un día para otro, porque esas cosas llevan su tiempo, pero lo intentó, y eso para mí era suficiente.

Aun así, había momentos difíciles. Lo miraba y pensaba cuánto esfuerzo hacía por cambiar. Había en él una lucha silenciosa entre lo que era y lo que quería ser. Yo lo admiraba por eso. Pocos tienen el valor de enfrentarse a sí mismos.

Cuando compramos la casa, sentí que todo cobraba sentido. Era una casa luminosa, con un patio lleno de plantas y una terraza desde la que se podía ver el cielo entero. Allí soñé que envejeceríamos juntos.

Los fines de semana venía su familia a visitarnos y, aunque nunca me aceptaron del todo, yo hacía lo posible por mantener la armonía. Me gustaba recibirlos, preparar la mesa y ver la casa llena de gente. Me hacía sentir parte de algo.

A él no le gustaba que nadie me faltara al respeto. Si alguien hacía un comentario fuera de lugar, él saltaba enseguida a defenderme. Por eso llegué a creer que me querían, que me habían aceptado como parte de su familia. Me lo creí… hasta el día en que todo se derrumbó y se les cayeron las máscaras.

A veces, cuando miro hacia atrás, intento recordar los detalles: su risa, el sonido de sus pasos por el pasillo, el olor de su colonia al salir de la ducha. Son cosas pequeñas, pero son las que más duelen cuando faltan. La mente es traicionera: guarda lo que no queremos recordar y borra lo que quisiéramos revivir. Desde que se fue, el tiempo ha cambiado de textura. Los días parecen más largos, las noches más densas. Todo transcurre con lentitud, como si el mundo entero se hubiera detenido conmigo.

Sigo viviendo en la misma casa, aunque a veces me cuesta reconocerla. Ya no tiene su voz ni su risa. Solo queda el eco de lo que fuimos.

He intentado reconstruirme, pero hay partes de mí que se quedaron ancladas en aquel tiempo. Su muerte no solo me arrebató a él, sino también una versión de mí misma que no he vuelto a encontrar. La mujer que fui cuando estaba con él era más ligera, más viva. Ahora camino más despacio, con la mirada puesta en el suelo, como si temiera volver a tropezar con la vida.

Aun así, no todo es oscuridad. Hay momentos en los que siento gratitud. A pesar de todo, fuimos felices. Hubo amor, risas y complicidad. Y eso nadie puede quitármelo. A veces, cuando me siento en el porche al atardecer y el cielo se tiñe de naranja, cierro los ojos y casi puedo oírlo reír. En esos instantes, me gusta pensar que sigue conmigo, en algún lugar donde el tiempo no duele.

El destino, ese mismo que nos unió, fue también el que nos separó. Pero, si tuviera la oportunidad de volver atrás, de cambiar algo, no lo haría. Lo viviría todo igual, incluso el final, porque cada instante con él valió la pena.

Hay amores que no mueren; solo cambian de forma. Se vuelven aire, se vuelven memoria, se vuelven voz en el viento. Y aunque su ausencia pesa, también me recuerda que amé de verdad, que fui capaz de sentir hasta el fondo.

Y quizá, en eso, consista realmente la vida: en amar, perder y seguir recordando.



CAPÍTULO 2:
LA NOCHE EN QUE TODO CAMBIÓ

El 10 de octubre de 2020 fue el día más feliz de nuestras vidas, ya que celebramos nuestra boda, nuestro día, nuestro amor.

Después de casarnos, lo llevamos a un centro de desintoxicación. Fue una decisión difícil, cargada de miedo, esperanza y cansancio. Sabíamos que era la única forma de rescatarlo, de rescatar también nuestra vida juntos. No fue fácil convencerlo, porque él era un hombre orgulloso, de esos que se empeñan en poder con todo, incluso con lo que los está destruyendo por dentro. Pero al final accedió. Entró por su propio pie, con la cabeza alta, aunque con la mirada cansada.

Durante aquellos meses, todos lo acompañamos en el proceso. Entre familiares y amigos tratábamos de sostenerlo, de recordarle que la vida podía ser otra cosa. En casa, cuando volvía los fines de semana, organizábamos pequeñas reuniones, comidas familiares o barbacoas. Venía mucha gente, treinta personas o más. La casa se llenaba de risas, de niños corriendo, del olor a carne asada y a vino derramado sobre el mantel.

Sabíamos que en esas reuniones era difícil controlar todo. Que alguien siempre ofrecía una copa, que bastaba una ex-

cusa —un brindis, un «por una vez no pasa nada»— para que él cayera. A veces lo hacía. Lo veía levantar el vaso con una sonrisa, tratando de convencerse de que no tenía importancia. Y yo, sin decir nada, notaba cómo en su mirada se encendía una chispa antigua, peligrosa.

Pero luego volvía a mí, me abrazaba, me besaba, me mimaba y siempre me decía: «Ojalá te hubiera conocido hace veinte años y así podríamos tener estos preciosos hijos los dos juntos, porque eres la mujer de mi vida». Y el mundo se calmaba otra vez.

En enero de 2021 decidimos empezar reformas en la casa. Fue una época luminosa. Pintábamos las paredes con nuestras propias manos, elegíamos los colores juntos y discutíamos entre risas por los detalles más absurdos. Él quería una cocina grande, con espacio para todos. Yo soñaba con una terraza llena de plantas y una hamaca donde leer al atardecer.

Trabajábamos codo con codo, riéndonos de nuestras torpezas. Era como reconstruirnos a nosotros mismos. Cada ladrillo, cada capa de pintura parecía una promesa.

Nuestra relación estaba fuerte, tranquila, llena de esa rutina que solo tienen las parejas que se entienden sin hablar. No teníamos discusiones importantes; las riñas eran por cosas pequeñas, sin rencor. Éramos felices. Lo recuerdo con nitidez. A veces salíamos al porche; él encendía un cigarrillo y yo apoyaba la cabeza en su hombro. Mirábamos el cielo sin decir nada. No necesitábamos palabras. Me gustaba su olor, mezcla de jabón y tabaco; su voz baja cuando me decía: «Todo va a ir bien». Y fue así durante un tiempo. Él estaba casi desintoxicado, más sereno, más presente. Ya no bebía y,